

E. MIRET MAGDA LENA

Ha sido de incalculables consecuencias negativas el tipo de cultura religiosa recibida por los españoles hasta ahora. Una religión hecha de normas, fórmulas y cánones, todos ellos exteriores, han deformado nuestra mentalidad, y constantemente somos deudores los creyentes de esta desviación educativa en lo religioso.

Si la religión se hace un conjunto de doctrinas abstractas, de mandamientos exteriores y de ritos sin interioridad, terminamos por vivir nuestra creencia religiosa al margen de las realidades terrenas. Nos basta entonces con acercarnos al cielo —un cielo evasivista de nuestras preocupaciones terrenales— para así sentirnos religiosamente satisfechos. Pero esto no es el cristianismo, aunque los cristianos hayamos sido así.

Me recordaba esto el centenario de esta santa tan mal conocida que se llamó Teresa de Lisieux. Una figura religiosa que se ha expuesto a través de algunos gestos y expresiones de un romanticismo infantil, pero que, en su raíz, tiene un mensaje viril importante que dar a los creyentes. Mensaje que desarrolló el primero de todos el novelista católico inconformista Van der Meersch, con gran escándalo de los asustadizos defensores de la "niñería" de esta santa francesa. Y ahora es el pensador Jean Guitton, un laico (el primero que estuvo por parte católica en el Concilio Vaticano II), quien ha hablado en la catedral de Notre Dame, de París, en el centenario de esta figura femenina católica.

Jean Guitton hizo una observación que debemos recordar: esta santa "nunca concibe el cielo como un reposo eterno —a diferencia de lo que se nos decía en el catecismo tradicional—, sino como una acción en la Historia". Observación importante, que no puede ser interpretada en forma infantil, porque el cristianismo precisamente ha descubierto un nuevo concepto del cielo como algo que está ya en germen en la Tierra, y que luego, al final, tampoco estará desconectado de nuestro mundo. Por eso el profeta Isaías y los apóstoles San Pedro y San Juan hablan del futuro como unos "nuevos cielos y nueva tierra", sin caer nunca en una concepción platónica o neoplatónica de la vida del cristiano, ahora o después.

Esto mismo es lo que hace nuestro cardenal Enrique y Tarancón en su pas-

toral sobre los cristianos como "promotores de una campaña de reconciliación nacional e internacional".

En el Sinodo Mundial de Obispos, nuestro cardenal mantuvo esta misma idea de la encarnación del cristianismo en todas nuestras realidades del mundo, de modo que el creyente siempre —por ser creyente— se sintiese responsable de todo lo que pasa en torno suyo. Allí se opuso en su postura a la de algún obispo alemán ultraconservador, que todavía concebía el cristianismo como una evasión de los problemas de la Tierra. Y entre nosotros se hacen constantes esfuerzos para seguir desconectando la preocupación religiosa de la preocupación terrena.

Comprendo que esta postura sea rechazada por muchos creyentes, porque es

LA ACCION EN LA HISTORIA

incómoda. Doblemente incómoda porque lo es para aquel que es creyente, y que tiene que estar continuamente preocupado por las cosas y problemas de los hombres y del mundo; y para aquellos en quienes recae esta acción, porque no pueden continuar ya en su tranquilo "inmovilismo".

En su pastoral maneja el cardenal un concepto claro: que ningún grupo humano o religioso puede encerrarse en sí mismo, "convirtiéndose en un grupo de reconciliados". Porque en los creyentes, "su misión es ser sacramento de reconciliación para todos los hombres, teniendo en cuenta las realidades concretas y las circunstancias del mundo en que vive". Y lo mismo les ha de pasar a los grupos humanos, que no pueden jamás adoptar una postura definitiva de éxito o de auto-satisfacción por el simple expediente de orillar a los que no coinciden con su punto de vista humano.

Concretamente nuestra Iglesia no puede ser una Iglesia de "ghetto", ni tampoco una Iglesia-baluarte. Tiene que convertir-

se —y en parte, aunque sólo en parte, lo está haciendo— en un grupo de reconciliadores, de creyentes que no se encierran en su autocomplacencia, sino que se abren a todos y a todo para conseguir el bien de todos.

Y en lo que respecta a los grupos o sociedades humanas, y más si tienen el calificativo de cristianas o católicas, deben adoptar esta misma postura de nunca ser un grupo de reconciliados, sino de reconciliadores.

Cuidadosamente —muy cuidadosamente— evita el cardenal Tarancón intervenir en la polémica ideológica sobre las "dos Españas"; pero, sin embargo, dice que esta división de las "dos Españas", "en la práctica quizá no hacemos todo lo que está a nuestro alcance para superarla". Frase cuidada, pero clave para entender bien la preocupación de este gran dirigente espiritual de nuestra Iglesia española, que sabe entender la palabra "espiritual" no como un desentenderse de las cosas concretas de este mundo español, sino ayudar a darles un sentido, un "espíritu" que sea abierto a todos y a todo.

Esta apertura reconciliadora, sin exclusivismos de puntos de vista o de ideologías, salvo "los límites de un orden justo y de una fraterna convivencia" (Comisión Episcopal de Apostolado Social, enero 1970), es lo que debemos intentar, sin dejarnos llevar de un complejo angustioso de "seguridad", producto de un temor irracional, como dice —aunque sea con el matiz de un quizá— el cardenal Tarancón que existe en nuestro país en "la vida del mundo y de la Iglesia". Todos los españoles, y en particular los creyentes que hasta ahora adoptaron una postura diferente, debemos hacer una profunda reflexión personal, un examen de conciencia, para intentar rectificar nuestra conducta y adoptar esta postura abierta que el máximo representante del Episcopado español, el presidente de la Conferencia Episcopal, nos recuerda.

Con este espíritu de reconciliación y comprensión de los distintos "puntos de vista o ideologías divergentes", tanto en la Iglesia como en la sociedad española, empecaremos a construir un verdadero y auténtico pluralismo, que es la meta a la cual debemos encaminarnos.